

señas el objeto del mensaje. El día siguiente era domingo. Si bien el Almirante, como observa Las Casas, «no tuvo costumbre de darse á la vela en semejante día, no por superstición sino á causa de su piedad,» decidióse á ello no obstante, á fin de desplegar el signo de la Redención en aquellas playas, en aquel día que pertenece al Señor, y «á consecuencia de la esperanza que había concebido de que sus habitantes se harían cristianos.» Más de ciento veinte botes cargados de curiosos rodeaban las carabelas en las primeras horas de la tarde.

Habiendo amainado el viento, no pudo el Almirante trasladarse cerca del gran cacique Guacanagari. Envió con las embarcaciones al notario real y algunos oficiales para que le saludaran de su parte. Mientras tanto, presentóse á bordo de la *Santa María* un Cacique inferior, anunciando que en aquella isla se encontraba mucho oro; que iban allá á comprarlo de los países vecinos, y que tendría tanto como quisiera. Conmovero el Almirante por la noticia, lleno su corazón de esperanza, dió gracias al Señor; y, sin embargo, como si quisiera reprimir aquella alegría casi mundana, hizo en el mismo instante sumisión de su voluntad á la de Dios, y escribió con edificante resignación en su diario: «Nuestro Señor, que tiene en sus manos todas las cosas, quiera asistirme y concederme lo que más convenga para su servicio (1).»

Cierta curiosidad irresistible empujaba á las tribus ribereñas hacia las carabelas. Mas de mil personas habían ido en botes, trayendo cada una un regalo. Y, por falta de puesto, más de quinientas se habían arriesgado á nado, á fin de ver también á los extranjeros celestiales. Habían acudido también cinco Caciques con toda su familia. Á todos hizo regalos el Almirante, porque juzgaba muy bien empleados aquellos pequeños presentes.

Las noticias del oro se confirmaban de cada vez más. Algunos de aquellos visitantes hablaban á Colon de minas de oro que existían en la isla. Un indigena que pareció vivamente atraído hacia él por espontáneo afecto, designó varios sitios que producían oro. Citó entre otros Cibao (el Almirante creyó que quería decir Cipango), cuyo Cacique tenía una bandera de oro puro. Dicha comarca lejana todavía, decía él, se hallaba situada hacia el Este. Colon presentía que se aproximaba á minas auríferas; y piadosamente sediento de oro, generosamente hambriento de riquezas, con acento fervoroso suplicaba á su Señor que le guiara por dicho sitio; y no podía dejar de exclamar: «Ayúdeme Nuestro Señor por su misericordia para que halle yo ese oro (2).»

Durante la noche las embarcaciones trajeron otra vez al notario real y á los

(1) «Nuestro Señor que tiene en las manos todas las cosas vea de me remediar y dar como fuere su servicio.»—*Domingo, 23 de diciembre.*

(2) «Nuestro Señor me aderece, por su piedad, que halle este oro!»—*Domingo, 23 de diciembre.*

oficiales enviados por el Almirante al gran Cacique de la comarca, el rey Guacanagari. Muchos botes deseosos de contemplar á los hombres celestiales habían acudido precipitadamente á su encuentro. Conducidos á la residencia real, se les había recibido en la misma con grandísima pompa. El cacique Guacanagari, que sentía mucho no haber visto al Almirante, le enviaba, mientras quedaba esperando su visita, «papagayos con varios trozos de oro.»

§ VII.

El lunes, 24 de diciembre, ántes de asomar el día, salió el Almirante del puerto soplando buen viento de tierra; gobernando hacia el Este en dirección de las minas de oro indicadas, pero con la intención de visitar de paso al gran cacique Guacanagari. Como el viento aflojó muy pronto, se adelantó poco camino aquel día; durante la noche se continuó navegando con viento apenas sensible. La *Niña* seguía á media legua de distancia.

Después de las once el Almirante se sintió fatigado. Durante dos días consecutivos y toda la noche anterior no le habían dejado un solo minuto de sosiego la afluencia de los indigenas, los regalos que debía dar y recibir, los cambios que vigilar, las preguntas que hacer á los intérpretes, sus respuestas, verdaderos enigmas por explicar, los mensajeros que era preciso acoger, los que importaba enviar, la clasificación y conservación de los diferentes productos de aquellas comarcas que quería llevar á Castilla, sus ejercicios religiosos, sus observaciones del terreno y del clima, y los cuidados tan multiplicados del mando. Cediendo á la necesidad del reposo, bajó á su camarote una hora ántes de la media noche y se echó en su cama enteramente vestido. El Almirante debía estar perfectamente tranquilo acerca de la situación del buque. El mar estaba sosegado; hallábanse en las aguas que las lanchas habían sondeado algunos días ántes; además un oficial vigilaba el timón.

Con todo, á pesar de la prohibición renovada durante el viaje, de abandonar el timón á los novicios, ni aún en tiempo de bonanza, luego que el Almirante se hubo acostado, hizo otro tanto el teniente de servicio; al cabo de una hora entregando el piloto el timón á un grumete, se fué á su hamaca, y los marineros de cuarto se acostaron también para dormir con mayor comodidad. El grumete se sintió á su vez poseído del sueño, y las corrientes empujaron insensiblemente la *Santa María* hacia un banco de arena. Las rompientes se oían á más de una legua de distancia; pero tan profundo era el sueño de la tripulación, que no se despertó sino á la voz del Almirante; porque este, alarmado por el choque, se había

precipitado fuera de su camarote á los primeros gritos del grumete, y se ocupaba en remediar el siniestro, ántes que nadie advirtiera que estaban encallados. En un instante estuvieron todos los pilotos en el puente con el patron de nave que estaba de servicio aquella noche.

El Almirante mandó poner boyante el bote amarrado en la popa de la *Santa Maria*, cargar en él un ancla é ir á echarla detrás de la popa mar adentro. El patron y sus marineros saltaron luego al bote; pero en vez de ejecutar la manobra, se alejaron á toda prisa, para ir á acogerse en la *Niña* que estaba anclada á cosa de media legua á barlovento. El capitán de la *Niña* no quiso recibir á bordo á los cobardes desertores; así pues se vieron obligados á regresar á la carabela; no obstante, alcanzóla primero que ellos la lancha de la *Niña*. Advirtiendo el Almirante la traición de sus tripulantes, viendo que el mar bajaba y que la *Santa Maria* se ladeaba ya, había intentado cortar el palo mayor, para aligerar el buque y ver de ponerle á flote; pero no le quedaban ya bastantes hombres para aquella operación, y debió renunciar á dicho medio. Además, la quilla de la *Santa Maria* estaba demasiado sumergida para poderla sacar fácilmente. Confió pues á la Providencia el casco del buque perdido sin remedio, y pasó á la *Niña* trasbordando á ella su tripulación. Las olas se estrellaron contra el casco del buque, pero sin desfondarlo. Sólo se abrieron las costuras, pero el casco quedó completo. Colón preparó activamente su salvación. Al amanecer envió cerca del rey Guacanagari á Diego de Arana y Pedro Gutiérrez para que le informaran del siniestro.

Esta noticia conmovió al rey hasta hacerle derramar lágrimas. Inmediatamente envió muchos marineros con botes para ayudar á la descarga del buque, y dictó medidas para la conservación de los objetos que se sacaran de la carabela. Con mucha frecuencia enviaba á decir al Almirante que no se entristeciera, que él «le daría todo cuanto poseía.» Merced á la multitud de brazos bien dirigidos, se logró salvar el buque en pocas horas. Guacanagari mandó dar á sus huéspedes tres casas grandes para depositar en ellas lo que les pertenecía; y constituyó una guardia armada que vigilara la propiedad de los extranjeros, yendo él mismo á presidir las disposiciones. Fué tal su vigilancia y tanta la honradez de sus súbditos, que no se robó ni una aguja en el transporte del cargamento, municiones y aparejos de la carabela. Las simpatías de los naturales por la desgracia del naufragio y la acogida hecha por el soberano del país endulzaban á Colón la amargura de aquel accidente. En ninguna parte de Europa habría encontrado hospitalidad más solícita ó más cordial.

Sumiso siempre Colón á la Providencia, sabiendo que á menudo saca nuestro provecho de lo que nos pareció una desgracia, comparando las diversas circunstancias de aquel siniestro, ocurrido sin culpa suya, á pesar de la falta de viento y de neblinas; no obstante la calma y el ruido de las rompientes; á despecho de

todos sus esfuerzos para poner á flote el buque, y hasta por traición del patron de la carabela, que era su compatriota; considerando que la *Santa Maria* había quedado intacta como estaba cuando la partida; que nada se había perdido de todo cuanto llevaba; ni una tabla, ni un cabo de cuerda, ni un clavo, ni un puñado de harina, sintióse impulsado á pensar «que Dios Nuestro Señor la había hecho encallar á fin de que se quedara en aquel sitio (1).» Efectivamente, podía dejar en los Estados de un soberano hospitalario parte de su tripulación, que aprendería la lengua de los naturales, les enseñaría la religión cristiana, y recogería oro mientras él se volvía á España. Muchos marineros pedían espontáneamente quedarse en aquella isla. El rey Guacanagari se consideraba dichoso sabiendo que aquellos huéspedes maravillosos se fijaban á su lado. Como quiera que á veces desembarcaban en aquella costa piratas antropófagos y se llevaban súbditos suyos para comérselos, esperaba verse libre de los caribes con el poderoso auxilio de aquellos extranjeros. Para confirmar su confianza, mostróle el Almirante los efectos de las armas españolas: las ballestas, los arcos moriscos y los estragos que podía producir la artillería: mientras le probaba cuan temible sería para los caribes, quería también inspirarle el respeto que impone la fuerza, á fin de que si fuera necesario supliera el temor á la benevolencia. En vista de todo esto, resolvióse la construcción de un fortín.

Las relaciones entre el Almirante y el rey Guacanagari iban siendo de cada día más íntimas. El príncipe sentía por Colón cierta admiración llena de respeto y confianza. Sobreecitada su inteligencia por una viva curiosidad, esforzabase en imitar á sus huéspedes misteriosos venidos del cielo, comprender su carácter y adoptar sus usos. Tenía cierta gravedad llena de soltura y nobleza. Hacíase notar cierta distinción innata en su continente, gestos, manera de presentarse, sentarse, salir y saludar. Mientras que sus empleados y su pueblo, apasionados por los cascabeles, que ellos llamaban *chug, chug*, deseaban con anhelo los abalorios y baratijas en cambio de los cuales daban oro, algodón y otros géneros, él prefería una camisa, y sobre todo unos guantes á todas las fruslerías; y, en cambio de máscaras de oro, de espejos de oro, y coronas de oro, pedía un simple jarro con su palangana, para lavarse las manos después de la comida, en lugar de frotarlas con yerbas odoríferas, como acostumbraba ántes de haber visto al Almirante. Poseía el instinto de la gerarquía, de la dignidad y del mando. En él parecía natural la generosidad. Jamás visitó al Almirante sin presentarle un regalo. Daba como rey, por el sólo placer de dar, para su real satisfacción. La etiqueta de su agreste corte

(1) «... Que yo conozco que milagrosamente mandó quedar allí aquella nao Nuestro Señor...» — Domingo 6 de enero.

ofrecía los rudimentos de una civilización naciente, que no estaba desprovista de elegancia y esmero en medio de su sencillez.

Sin embargo, la adhesión que demostraba Guacanagari á los españoles no debe confundirse con cierta admiración general por la superioridad de los hombres que llamaba divinos. La persona de Colon era lo que particularmente le atraía de aquel modo. Los salvajes, como los niños, juzgan por instinto cosas que no pueden explicar: las personas y los sentimientos. No se engañan acerca de los que les aman. El cándido soberano de aquellas comarcas sentíase atraído por la grandeza de Colon, y una profunda simpatía le unía á aquel hombre. Por él había llorado; y todas sus condescendencias á favor de los extranjeros las refería á su jefe.

Uno de los rasgos característicos del genio de Colon y de su papel providencial fué, sin disputa, su pronta aptitud para las ciencias y los cargos que le eran más ajenos, don asombroso de improvisación, por el cual pudo realizar perfectamente toda cosa útil á los intereses que se le confiaban. El naufragio de su carabela le hizo ingeniero. Él dibujó el plano de un fortín ó pequeño castillo cuadrado, con baluarte en los ángulos (1), y dirigió personalmente los trabajos.

La actividad de los españoles auxiliados por los súbditos de Guacanagari, hizo prodigios. Diez días despues de la varada de la *Santa María*, se levantaba ya sobre la arena el fortín; estaba construido con tierra sostenida con estacas sujetas con las grandes piezas de la armazón del buque. Contenia en su parte inferior un vasto sótano, que debía servir para depositar las municiones de boca y guerra, y las mercaderías destinadas á los cautivos. La cantidad de esos objetos era considerable.

Para guardar el fortín, en el que ondeaba la bandera de Castilla, escogió Colon de entre la tripulación de la *Santa María*, los hombres que parecían más robustos y mejor intencionados. Agrególes el bachiller Bernardino de Tapia, el profesor Juan, «el hábil cirujano,» el fundidor de metales y joyero de Sevilla, Castillo, el primer maestro armero, que era mecánico, un constructor de barcos, un maestro calafate, un cubero, un sastre; y les puso bajo el mando de Diego de Arana, en quien delegó todos los poderes que él mismo había recibido de los Reyes. Dióle por su teniente á Pedro Gutiérrez, empleado en el palacio real, y en caso de impedimento de éste, á Rodrigo de Escovedo, sobrino de un religioso muy estimado en España, Rodrigo Pérez. Este germen primitivo de colonia constaba en su totalidad de cuarenta y dos hombres.

Establecida de este modo la autoridad, proveyó Colon á esa vanguardia del antiguo mundo de todo cuanto se hallaba en la *Santa María*; dejóles instrumen-

(1) Oviedo y Valdez, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. vi.

tos, utensilios de todas clases, galleta para un año, vino, armas, artillería, y la lancha del buque varado. El Almirante entregó á aquellos hombres granos para la sementera de las tierras; confióles todas las mercaderías con las que debían procurarse oro por vía de cambio, y recomendó particularmente los tres oficiales al rey Guacanagari.

Colon dejaba pues á algunos españoles en aquel suelo nuevo en las mejores condiciones que pudieran desearse: abundantemente provistos de todo lo necesario para la vida, la seguridad y defensa, amparados por la benevolencia de los indígenas y bajo la protección de un monarca generoso. Antes de separarse de ellos, dirigióles la alocución más tierna que jamás padre alguno ha hecho á sus hijos. Dióles admirables consejos de previsión y discernimiento. Recordóles el glorioso objeto del Descubrimiento, la propagación de la fe; les suplicó que estudiaran la lengua de los naturales y que les atrajeran al cristianismo con sus ejemplos y su enseñanza. En nombre de los Reyes mandó la obediencia pasiva para con los oficiales á quienes él había investido con sus propios poderes. Encargóles que guardaran las mayores consideraciones al soberano de la comarca, que evitaran toda disputa con su pueblo, que fueran rigurosamente circunspectos con respecto á las mujeres, que jamás se separaran, que no se internaran solos en el país, que durmieran siempre en la ciudadela, y sobre todo que no fueran más allá de los Estados hospitalarios del rey que les había acogido.

Es imposible evitar cierta emoción al recoger los moribundos ecos de su elocuente exhortación, revestida de una solemnidad casi testamentaria que nos han transmitido los historiadores de España, Herrera y Bautista Muñoz. Y cuando se acuerda uno de los acontecimientos que poco despues ocurrieron, quédase asombrado de la lucidez de las previsiones de Colon: descúbrese en ella tal superioridad de solicitud y previsión de las eventualidades que excede lo comun de la prudencia humana.

El 2 de enero despidióse el Almirante del rey Guacanagari. Dióle otra camisa; púsole en el cuello un collar de pedrería de África, y en sus hombros un manto de escarlata, calzóle unos borceguies encarnados, en el dedo le puso una sortija de plata que el indígena prefería al oro, y le abrazó con bondad paternal, mientras que el sencillo Cacique, que ya le amaba con candor, no pudiendo contener su tristeza, la desahogó en un mar de lágrimas.

El viénes, 4 de enero, al salir el sol, remolcada la *Niña* por su lancha, salió del canalizo y enderezóla al Este, en la dirección de una montaña elevada, que el Almirante llamó Monte-Cristo. Colon observaba como hidrógrafo, naturalista y poeta, y su admiración insaciable por aquella naturaleza tan armoniosa en su exuberancia, se revela también en su diario. Dos días despues se dió el Almirante á la vela, siguiendo en toda su extensión, hacia el Este, aquella costa cuyo sondaje

hacia. Por causa de los arrecifes, se mantenía bastante mar adentro; además, caminábase poco, por estar casi aproado al viento. Á las primeras horas de la tarde, el marinero que estaba de vigía en la cofa, señaló un buque á proa; era la *Pinta*, que se acercaba empujada hacia el Almirante por una fuerte ventolina del Este.

Er vano esperaba Martín Alonso Pinzón que el Océano ocultaría su deserción en su inmensidad; la Providencia le llevaba otra vez al través del espacio, á la presencia de su jefe, ante la pequeña *Niña*, aquel punto imperceptible en la inconmensurable extensión del mar. Obligado por el viento á reunirse con el Almirante, siguióle el capitán de la *Pinta* al puerto de Monte-Cristo, y pasó á bordo de la *Niña*, procurando disculparse. Las razones que alegó en favor de su separación eran todas falsas, y muchas de ellas hasta manifiestamente contradictorias. Colon sin embargo afectó admitirlas, por temor de agravar el mal; porque los dos buques iban mandados por los Pinzón, y la mayor parte de las tripulaciones se componía de sus parientes ó conciudadanos de Palos. En todas ocasiones, y sobre todo después del Descubrimiento, el mayor de los tres hermanos le había hecho sentir cruelmente su aislamiento y su cualidad de extranjero. Sabía de qué excesos eran capaces su orgullo y rudeza, irritados por la envidia. Contúvose pues, no queriendo, dice Las Casas, «dar ocasión á las tentativas de Satanás (1), que procuraba impedir aquel viaje, como lo había hecho en un principio.» Resignóse, y sacrificó su amor propio, su celo por la justicia, su dignidad personal, al cumplimiento de un deber mayor todavía que sus derechos.

Haciendo á su tripulación cómplice de su delito, había pasado Martín Alonso Pinzón diez y seis días en la embocadura del río «de Gracia,» traficando en oro, contraviniendo las órdenes del Almirante. Uniendo la violencia á la rapiña, en el momento de su partida, se había llevado por fuerza, como esclavos, cuatro hombres y dos muchachas; pero el Almirante le obligó á desprenderse de su inicua presa; tranquilizó á los indios, les dió regalos, á fin de borrar el recuerdo de aquella injuria, y les envió á tierra, para que volvieran á sus familias. Ruinamente ocupado Martín Alonso Pinzón en reunir oro, olvidando los cuidados que todo capitán de buque debe á su embarcación, no había visto que, favorecidas por la inmovilidad, durante los diez y seis días de anclaje en el río «de Gracia,» se habían multiplicado á más y mejor las collabas en los tablones y carena de la *Pinta*, y los habían taladrado como alveolos de colmena. Ni siquiera había pensado en proveerse de un palo de proa, para reemplazar al que tenía inútil para sostenerse, impidiéndole de esta manera desplegar todo su velamen al viento favorable.

(1) Las Casas, *Diario de Colon*, 6 enero 1493. — «Por no dar lugar á las malas obras de Satanás que deseaba impedir aquel viaje como hasta entónces había hecho.»

Á pesar de su deseo de costear la Española, la conducta de los Pinzón demostraba al Almirante la necesidad de volver á Castilla lo más pronto posible. Por otra parte, exigíalo imperiosamente el mal estado de las carabelas. El 7 de enero la *Niña* hacia agua, y se debió proceder á su reparación.

El día siguiente, cerca del «Río de Oro,» llamado así porque sus aguas arrastran polvos de dicho metal, observó á cierta distancia tres lamantines ó *manatis*, que se dejaron ver sobre la superficie del agua. Recordáronle los que otras veces había visto en la costa de Guinea, y que de léjos tenían alguna apariencia de hombre. Eran las sirenas de los antiguos; por esto les daba él también ese nombre, añadiendo que no eran hermosas como se las representa.

El 9 navegó el Almirante hacia el Noreste, y descubrió el cabo Roja. El aspecto de la costa era embelesador. Enormes tortugas iban á tocar ligeramente la tierra. No podía empero entregarse á su deseo de observar; deseaba con ansia estar de vuelta en Castilla, para no tener ya más relaciones con Martín Alonso, y comunicar á la reina las noticias del Descubrimiento. Cumplida ya su misión, estaba resuelto, dice, á «no tolerar las malas acciones de hombres sin delicadeza ni virtud, que pretendían con insolencia hacer prevalecer su voluntad contra aquel que tanto les honró.»